

salido airoso de su empeño (1). Esta contingencia excitó justamente la atención en los dos partidos religiosos. Los protestantes habían manifestado siempre en todos sus escritos que el interés del protestantismo en general estaba en juego en Colonia, y que si los de Colonia quedasen vencidos aguardaría la misma suerte á otros protestantes. Los católicos por su parte previeron que, en caso de salir los protestantes victoriosos en Colonia, se apoderarían de todos los arzobispados y obispados y los secularizarían, ó como dijo el consejero imperial Gail: «Los protestantes tratan de hacer un agujero en la paz religiosa para anular la reserva eclesiástica y poner en su lugar la libertad religiosa, y por consiguiente exterminar el catolicismo.»

En esta situación parece sorprendente que todo este asunto quedara localizado.

Verdad es que el emperador estaba completamente de parte del cabildo de Colonia y que prohibió indignado toda intervención armada á favor de Gebhardo. Sostuvo con gran entusiasmo la validez de la reserva eclesiástica, y no escaseó legaciones, cartas y mandatos, pero no mostró nunca verdadera resolución de imponer su opinión y voluntad á todo evento. Dejó al Papa enteramente la iniciativa, aprobó su ingerencia en los asuntos interiores del Imperio y se sometió enteramente á su autoridad faltando al deber que tenía de sostener su autoridad imperial.

Los miembros del Imperio imitaron á su jefe conduciéndose con igual indolencia. Los círculos, cuya misión y cuyo deber eran oponerse á tan escandalosa violación de la paz interior, no tomaron ninguna resolución decisiva porque la discordia religiosa entre sus miembros les tenía paralizados. Los individuos protestantes estaban de parte del arzobispo y los católicos de parte del cabildo; es decir, que en lugar de velar todos por el interés del Imperio, procuraba cada uno el interés de su partido. El elector de Sajonia Augusto y el numeroso partido luterano adoptaron una actitud que según ellos era correctísima y completamente patriótica, pero que no produjo ninguna utilidad al Imperio y perjudicó en gran manera á su religión. El elector Luis que colocó en primer término el interés del partido se desanimó demasiado pronto, y la intervención de Juan Casimiro no pasó de una intención fugaz que no produjo ningún efecto.

El emperador y los católicos alemanes rivalizaron con sus contrarios en indolencia é irresolución, pero no así el Papa, el rey de España y la casa de Baviera, que desplegaron una actividad que compensaba abundantemente la inacción de sus correligionarios tanto, que respecto del duque de Baviera pudo decir el canciller del ducado, Wimpfeling: «La conservación de nuestra fé cristiana católica y la verdadera bienandanza de nuestro sacro Imperio se apoyan actualmente sobre la casa de Baviera.»

Era evidente que donde nadie se moviera enfrente del Papa, de España y de Baviera, el ultramontanismo tendría la victoria asegurada. Estas potencias habrían encendido con motivo del asunto de Colonia una guerra europea, y si no se llegó á este extremo, fué debido á la inercia de los protestantes, pues los alemanes, á pesar de saber que en Colonia se jugaba el todo por el todo, no echaron mano á las armas; y como el extranjero protestante tampoco se mezcló en la contienda, quedó reducido el asunto de Colonia al modesto cuadro de una guerra particular interior, de carácter local, cuya marcha fué en extremo sencilla, si bien de consecuencias trascendentales que hicieron esta guerra el principal suceso en la historia del desenvolvimiento alemán en

(1) El autor sin quererlo justifica con estas palabras el procedimien-
to del Papa. (N. del T.)

aquella época. En efecto, esta guerra restituyó al Papa su antigua influencia sobre el Imperio, llamó á los españoles dentro del Imperio, reforzó la posición de Baviera en el Noroeste de Alemania, posición tan importante para la propaganda hispano-católica, aseguró la reserva eclesiástica, impidió la formación de una mayoría protestante en el colegio de los príncipes electores, y finalmente dió nueva vida y mayor confianza á los trabajos de restauración católica.

LA DECISION DE LA SUERTE DEL EPISCOPADO
EN LA ALEMANIA DEL NOROESTE

Con la decisión del asunto de Colonia empezó á realizarse el destino de la Alemania del Noroeste.

Tan pronto como la casa de Baviera se vió en la posesión segura de Colonia, pasó en la primavera de 1584 á trabajar nuevamente para adquirir el obispado de Munster, en el cual la administración de Julich venía á ser una preparación del dominio de Baviera. Para hacer renunciar á la posición de administrador del obispado de Munster al príncipe heredero de Julich, Juan Guillermo, se procuró casarle, y por la irresistible influencia del duque de Baviera sobre el duque de Julich, éste, á pesar de haber casado á sus hijas con príncipes protestantes, confió al duque Guillermo de Baviera el encargo de elegir esposa para su hijo, de acuerdo con el Papa, el emperador y el rey de España. Fué elegida la princesa Jacoba de Baden Baden, cuya casa acababa de ser convertida al catolicismo por la Baviera misma, y así se mataron, como decirse suele, dos pájaros de un tiro: se ligó á Juan Guillermo más estrechamente al interés bávaro y se dejó libre el acceso á la silla de Munster para el duque Ernesto.

El papa Gregorio bajo la influencia de los jesuitas se declaró á favor de la candidatura de Ernesto para dicho obispado de Munster, pues se prescindió de la ilegalidad de la acumulación de prebendas en una mano en vista de las mayores ventajas políticas. La mayoría del cabildo se declaró también á favor de Ernesto, aunque no faltaron corrientes y candidatos contrarios, figurando entre estos últimos el arzobispo Enrique de Bremen, que continuó sus esfuerzos para conseguir además aquel otro obispado, el más importante de Westfalia. Una parte de los capitulares hubiera deseado ver sentado en la citada silla episcopal al duque Enrique Julio de Brunswick, obispo protestante de Halberstadt; por otro lado los holandeses trabajaron para impedir que la casa de Baviera, fidelísima compañera de España, extendiera su dominio sobre Munster, y también protestó en el mismo sentido contra el destituido arzobispo de Colonia. A su vez la ciudad de Munster, que deseaba que fuese nombrado obispo un buen católico, suplicó al cabildo que renunciara á la elección de Ernesto, porque no quería un obispo que tuviera interés en guerras exteriores.

Cuando el cabildo en vista de estas corrientes encontradas empezaba á vacilar, el papa Gregorio le excitó á proceder sin demora á la elección; le recomendó al arzobispo Ernesto de Colonia, y el emperador no tardó en apoyar esta recomendación. La muerte del arzobispo Enrique, ocurrida justamente entonces, en la primavera de 1585, facilitó al cabildo la obediencia, y tres semanas después, gracias á los esfuerzos del chantre Godofredo de Raesfeld, fué elegido Ernesto por unanimidad obispo de Munster.

Con la posesión de Munster se redondeó completamente en el Noroeste de Alemania la posición bávara católica, quedando desde entonces bajo su influencia todo el territorio eclesiástico alemán fronterizo con los Países Bajos, desde el Dollart hasta la frontera de Francia, así como los territorios de Cléveris.

Desde entonces tomó un vuelo mucho más enérgico la reacción católica conducida hasta entonces de una manera vacilante en Munster. A mayor abundamiento, Ernesto había prometido expresamente en su capitulación emprender en su obispado la lucha hasta donde alcanzaran sus fuerzas contra todas las sectas é innovaciones rebeldes. Muy pronto se presentaron á excitación suya algunos jesuitas de Colonia en el obispado de Munster, donde se establecieron definitivamente con los bienes y recursos que les había legado por

testamento el ya citado chantre que había fallecido en octubre de 1586. No tardaron, pues, en disponer de una iglesia de su propiedad y de una escuela para la enseñanza; algunos meses después predicaron en la catedral, y al cabo de otro par de meses les fué confiada la dirección del instituto de segunda enseñanza, donde se aumentó rápidamente el número de escolares que acudieron de cerca y de lejos. No



Julio Echter de Mespelbrunn, obispo de Wurzburg. Facsimile de un grabado de J. Leypolt

faltó tampoco resistencia en la población, suscitada por los esfuerzos de restauración de los jesuitas favorecidos por la autoridad, y hasta hubo ocasiones en que se opuso á estos restauradores la mayoría del cabildo; pero las luchas y discordias quedaron extinguidas en el primer decenio del nuevo siglo, y cuando se hubo desarrollado y fructificado la semilla sembrada por los jesuitas por medio de sus alumnos, el ultramontanismo quedó dueño del campo.

El arzobispo Enrique de Bremen había muerto en abril de 1585 á consecuencia de una caída de caballo cuando todavía no había cumplido 35 años. En sus últimas palabras dió gracias á Dios por haberle humillado tanto, con lo cual seguramente quiso aludir á la necesidad de abandonar los grandes y vastos proyectos que había formado. Era uno de aquellos príncipes de la Iglesia que en tan gran número se

contaban en aquella época, los cuales haciendo traición á su convicción religiosa se posesionaban de prebendas, y una vez conseguidas, manifestaban su convicción y verdadera creencia, pero sin tener el valor de admitir las consecuencias ni menos de convertirse pública y solemnemente á la religión que en el fondo profesaban, como había hecho el arzobispo Gebhardo de Colonia. Por lo mismo el difunto arzobispo de Bremen solo había servido á medias los intereses protestantes, y el ultramontanismo tuvo en su diócesis gran facilidad para avanzar con decisión y unión, mientras encontró mayores obstáculos allí donde el obispo de un país protestante había adoptado públicamente la confesión de Augsburgo despreciando la reserva eclesiástica sin cuidarse de las consecuencias.

Con la muerte de Enrique quedaron vacantes, además de su arzobispado, dos obispados de Westfalia, el de Paderborn y el de Osnabruck.

Ya en vida de Enrique en 1580 se había formado en el cabildo de la catedral de Paderborn un partido ultramontano á cuya cabeza se hallaba el preboste de la catedral Furstenberg, hombre de tanta sutileza como energía, que perseguía sus propósitos impertérrito, pero evitando y rodeando prudentemente los obstáculos sin perder por eso de vista su objeto. En julio de 1580 logró que el cabildo adoptara la resolución de no admitir en adelante en su seno mas que católicos, y á su excitación llegaron en el mismo año á Paderborn desde Heiligenstadt los primeros jesuitas. Estos en su nuevo domicilio tuvieron que combatir con mayores dificultades cuando se manifestó allí bajo la influencia del asunto de Colonia una agitación favorecida por Enrique, reclamando la libertad del culto protestante. La suerte de Gebhardo influyó por lo mismo en gran manera en el obispado de Paderborn, porque el cabildo cobró nuevo ánimo. Entonces los jesuitas obtuvieron mejores resultados, y á mediados del año 1585 se vieron dueños exclusivos del instituto de segunda enseñanza de aquella ciudad. Por lo mismo no era fácil que á la muerte del arzobispo Enrique de Bremen se eligiera para la silla episcopal citada un sucesor inclinado á la política y al partido del difunto. El príncipe bávaro Ernesto, que ya poseía cinco obispados, se presentó también candidato en el de Paderborn, pero el cabildo prefirió elegir al jefe del partido ultramontano Furstenberg, que emprendió enérgicamente la restauración del catolicismo en su obispado.

La población era casi enteramente protestante; y aun en el año de 1590 la de las llamadas cinco aldeas de Paderborn se mantuvo firme en su fé luterana, tanto que los jesuitas que auxiliaban con todas sus fuerzas á Furstenberg se lamentaron del suelo estéril de Paderborn; pero quince años después ya quedó exterminado ó poco menos el protestantismo en aquel país.

Furstenberg solicitó también la silla de Osnabruck, pero sin éxito, porque fué elegido el conde Bernardo de Waldeck, canónigo de la catedral de Colonia, que si bien favorecía al catolicismo dejó libre la religión protestante. A su muerte fué elegido por sucesor suyo el hijo del duque Julio de Brunswick Wolfenbuttel, llamado Felipe Segismundo, que profesaba la religión protestante y era ya obispo de Verden.

El catolicismo tampoco recuperó después de la muerte de Enrique el arzobispado de Bremen. Fué elegido administrador de este arzobispado el duque Juan Adolfo Holstein Gottorp que solo contaba diez años de edad y que poco después fué nombrado también obispo de Lubeck.

El duque Enrique Julio de Brunswick, de opiniones protestantes, renunció á la silla de Minden porque se proponía casarse; y no habiendo el cabildo podido ponerse de acuerdo sobre la elección de su sucesor, el arzobispo Ernesto como metropolitano de Minden (1587) encargó la administración de aquel obispado al conde católico Antonio Schaumburg.

De esta manera, poco después de la decisión de la cuestión de Colonia, todas las sillas episcopales de Westfalia, con excepción de Verden y de Osnabruck, se encontraron en manos de católicos, y la casa de Baviera no solamente sostuvo su posición ganada en el Norte, sino que también la robusteció mas todavía, pues á la muerte del arzobispo Ernesto, ocurrida en 1612, le sucedió en Colonia, Lieja, Munster é Hildesheim su sobrino Fernando, hijo del duque Guillermo V. A la muerte de Furstenberg en 1618 obtuvo Fernando también la silla de Paderborn, y mas adelante, en 1625, en medio de las confusiones de la guerra de Treinta años, un sobrino del arzobispo Ernesto Francisco Guillermo conde de Wartenburg obtuvo la silla de Osnabruck; en 1629 adquirió la de Minden, y en 1630, aunque solo pasajera-

mente, de suerte que durante algun tiempo se encontraron en poder de la Baviera todas las sillas episcopales incluso la arzobispal de Colonia, es decir, todo un reino de obispados.

TRIUNFOS SUCESIVOS DEL ULTRAMONTANISMO

No fué solamente la suerte de la Alemania del Noroeste la que dependió del suceso de Colonia; también ejerció este suceso una influencia ominosa sobre el Mediodía de Alemania.

La política restauradora, que hasta entonces se había tenido prudentemente algo apartada, empezó á extenderse sobre el Imperio con súbita energía, y el ejemplo del abad Baltasar de Fulda y el que había dado el arzobispo Daniel de Maguncia en la comarca de Eichsfeld, que hasta entonces habían sido ejemplos aislados, fueron á la sazón imitados en otros territorios eclesiásticos.

El obispo de Wurzburg, Julio Echter de Mespelbronn, fué el primero que demostró la actividad de estos prelados sedientos de restauración. Había estado bajo la influencia de los jesuitas en el Colegio Romano; los jesuitas se habían interesado mas que nadie por su elección, y á ellos, que ya se hallaban establecidos hacia veinte años en Wurzburg, se unió el joven obispo estrechamente, si bien durante los primeros diez años de su gobierno observó la mayor cordura para no excitar la resistencia de su nobleza protestante y del cabildo que era enemigo de los jesuitas. Evitó toda agresión contra la nueva doctrina en su diócesis y se limitó á favorecer y robustecer la situación de la religión antigua y á prepararse para el futuro ataque al protestantismo. Una de las disposiciones que adoptó con este objeto fué la fundación de la nueva universidad en enero de 1582 para que sirviera «de seminario de sacerdotes y párrocos futuros.» El nuevo establecimiento, rígidamente ortodoxo y que funcionaba enteramente bajo la influencia de los jesuitas, fué el arma mas eficaz para la propaganda ultramontana en el territorio de Wurzburg. Esta propaganda empezó sus trabajos tan pronto como se decidió el asunto de Colonia, y el mismo obispo Julio los dirigió personalmente auxiliado por los piadosos padres. Antes de 1584 emprendió la visita de todas las iglesias de su obispado. Acompañado por los padres jesuitas recorrió todo el país, expulsó á los predicadores protestantes, llamó en su lugar discípulos y alumnos de los jesuitas, destituyó á todos los funcionarios que no iban á misa y puso en su lugar otros de su confianza. Todo súbdito protestante del obispo se vió obligado á elegir entre la conversión y la emigración, de suerte que siguiéndose el ejemplo de Fulda fué conculcada también en el territorio de Wurzburg la declaración del rey Fernando. En vano representaron contra este acto los soberanos protestantes vecinos: los jesuitas trabajaron con arte la opinión de la multitud, figurando entre ellos el padre Gerardo Veller, en el cual el pueblo protestante creía ver al espíritu maligno con sus patas de cabra. Al cabo de un par de años se terminó la parte principal del trabajo, porque la mayoría de la población había cedido á la presión, y el obispado quedó casi completamente purgado del protestantismo. El trabajo de revivificación del antiguo espíritu católico fué entonces mas fácil y los jesuitas desplegaron también en esto su práctica, instalando todo el aparato atractivo y seductor de romerías, procesiones, hermandades piadosas, imágenes con sus indulgencias y milagros, devociones de la Virgen y otros medios. El obispo Julio con autorización del Papa hizo llevar á su país de todas las partes del mundo reliquias cuyo culto fué establecido con aquella pompa refinada que siempre produce el deseado

efecto sobre la torpe inteligencia de las masas. Se repoblaron los conventos, se establecieron nuevas parroquias y se construyeron nuevas iglesias cuyo número llegó, según se dijo, hasta 3,000. Estos trabajos eran admirados en Roma, donde excitaron el asombro y fueron recompensados en los términos mas entusiastas.

El obispo Ernesto de Mengersdorf, el vecino eclesiástico de Julio Echter en Bamberg, cuya silla ocupó desde 1583 hasta 1591, se propuso imitar á su colega.

En 1582 dotaron los Fugger á los jesuitas de Augsburgo con un colegio de enseñanza; en 1585 el obispo de Augsburgo fundó un seminario católico en la universidad de Dillingen, y no tardaron los jesuitas de esta institución en tener fama entre los protestantes de ser los mas peligrosos en el Imperio alemán. También en esta última diócesis los jesuitas excitaron á la persecución contra los habitantes protestantes, siendo el primer acto la expulsión de los predicadores de esta religión.

En Salzburgo vivía desde 1580 el arzobispo Jorge de Khuenburg y desde 1587 el joven Lupo Teodorico de Reichenan. Ambos y el obispo Urbano, su colega en Passau, fanático por la restauración católica, procedieron con tal violencia que produjo la primera emigración de Salzburgo porque la mayor parte de los habitantes de la capital, antes que abandonar su fé protestante, prefirieron emigrar de su hermosa patria que el arzobispo se esforzaba en transformar en una segunda Roma.

En otros territorios eclesiásticos sucedió generalmente lo mismo. En algunos como en el de Bamberg y Salzburgo hubo alguna suspensión de persecuciones y hasta algun movimiento contrario á la restauración católica, pero esto fué cosa pasajera, y aunque en varios puntos el movimiento restaurador empezó mas tarde, se hallaba á fines del siglo generalizado y en muchas partes completamente concluido.

Gradualmente se fué haciendo la Baviera, bajo el gobierno del duque Guillermo V, protectora del ultramontano. El país estaba entregado enteramente á la influencia de los jesuitas que en su soberano tenían un alumno á quien podían contar entre sus admiradores mas entusiastas. Con frecuencia invitaba á los jesuitas á su mesa, donde ocupaban el puesto de honor; les confió la vigilancia de la educación de sus hijos y eligió entre ellos á sus capellanes, predicadores y confesores. Dió á toda su vida un carácter jesuítico, dedicando diariamente una hora á meditaciones espirituales, cuatro horas á oraciones hechas de rodillas y todo el resto del tiempo libre á la lectura de autores ultramontanos. No pasó semana sin que confesara y comulgara. Con grandísimo celo tomó parte en las procesiones y romerías y se impuso las penitencias mas duras llevando áspero sayal. Jamás se cansó de dar á aquellos piadosos padres las mas costosas pruebas de su veneración. Fundó nuevos colegios en Regensburg y Altotting y construyó para los jesuitas en 1582 la iglesia de San Miguel, la primera que poseyeron en Munich, y un magnífico palacio, concediéndoles continuamente nuevas dotaciones y fundaciones. Fué el primero que dedicó un altar á san Ignacio de Loyola, y en general no rehuyó ningun gasto para fines eclesiásticos y religiosos. Atendida su afición á las artes y á la suntuosidad innatas en su familia, gastó sumas inmensas en construcciones de iglesias, en reliquias y regalos votivos, todo lo cual arruinó todavía mas al país, ya cargado de deudas á la muerte de su padre. De esto no se cuidaba, teniendo solo fijo su pensamiento en hacer de la Baviera el paraíso del ultramontano. Todo su afán era restaurar el antiguo catolicismo y acabar con la religión nueva. Ya hemos visto como instó á su hermano Ernesto

para conseguir el arzobispado de Colonia y para luchar allí en favor de catolicismo, auxiliándole, á pesar de sus deudas, con cuantos recursos pudo. También favoreció en otros territorios la restauración católica con celo fanático; apoyó en Eichstadt y Augsburgo la elección de obispos ultramontanos; animó al obispo de Wurzburg en sus procedimientos contra las herejías, y excitó al de Bamberg á seguir su ejemplo. Instó á su cuñado el archiduque Carlos á emprender la restauración católica en la Baja Austria y continuó los esfuerzos de su padre para amplificar la unión de Landsberg fundiéndola en una liga católica. Mantuvo correspondencia en todas direcciones en favor de la propaganda católica; y si al mismo tiempo no cesó jamás en sus esfuerzos por conseguir para su familia nuevos territorios eclesiásticos y acumular en sus hijos menores continuamente prebendas nuevas, en cambio no dejó de impulsar su solicitud por el aumento de la Iglesia católica. También fué el fomentador mas notable de la literatura ultramontana moderna militante.

En Baviera se pudo ver lo que significaba para el catolicismo la alianza de los soberanos con los jesuitas. La Baviera se hizo el apoyo mas sólido del Pontificado al Norte de los Alpes mucho mas todavía que bajo el reinado del soberano anterior, y Munich, la capital levítica, fué el centro resplandeciente del ultramontano y del catolicismo antiguo en el Imperio. En el reinado del duque Guillermo fué Munich la Roma alemana.

También fué presa del ardor ultramontano la otra gran casa soberana y láica que había permanecido fiel al catolicismo en el Sudeste del Imperio. Ya sabemos que el emperador Fernando I no pudo detener al protestantismo en su avance en los Estados hereditarios del Austria, y que el emperador Maximiliano hasta lo había fomentado por diferentes concesiones en el archiducado, en Bohemia y en Hungría, países que le habían correspondido en la repartición hecha por su padre. A la muerte de Maximiliano eran estos países casi enteramente protestantes, tanto que en la Alta Austria solo quedó un noble que profesaba la religión católica, y lo mismo sucedió en Moravia. En Bohemia era protestante la mayor parte de la nobleza y en las ciudades prevalecía el protestantismo decididamente.

Esto cambió en el reinado del emperador Rodolfo, el cual apenas hubo sucedido á su padre emprendió la persecución del protestantismo en sus territorios. Empezó su obra en el archiducado de Austria dirigiendo su primer ataque contra las ciudades porque no se atrevió á hacerlo contra la nobleza, á la cual había cedido su padre privilegios religiosos. En 1577 prohibió á los vieneses asistir al servicio divino protestante y desterró de sus territorios hereditarios en 1578 á Juan Opitz conocido por sus sermones violentos contra los jesuitas y contra todas las «abominaciones papistas,» y como él fueron desterrados todos sus correligionarios colocados en las iglesias y escuelas. Esta fué la verdadera señal de la persecución violenta de la nueva religión. A esta señal siguieron muchos destierros de clérigos protestantes que fueron reemplazados por católicos. Un decreto estableció por condición la profesión de la religión católica romana para ser admitido en la ciudad como vecino, y la universidad de Viena recibió aviso de no conceder grados académicos á nadie que no hubiese hecho antes la profesión de la fe tridentina. Un nuevo edicto de enseñanza prescribió entre otras cosas que como catecismo se usara exclusivamente el del padre Canisio. Todos los libros protestantes fueron confiscados y hasta eran rechazados en las fronteras los libros de artes plásticas si no eran rígidamente católicos. Finalmente, todos los ciudadanos protestantes que no querían hacerse católicos estaban obligados á emigrar.